

La muerte y la inteligencia: Salamanca, 12 de octubre de 1936

Death and intelligence: Salamanca, October 12, 1936

José Óscar Benito Vicente
Universidad de Concepción
josebenito@udec.cl

Resumen

La Guerra Civil Española (1936-1939) se ha considerado unánimemente como el episodio más traumático de la historia reciente de España. Representó además un triunfo del odio, la intolerancia y el cainismo frente a cualquier expresión de sensatez, piedad o inteligencia. En este texto, ilustro la naturaleza de dicho conflicto tomando como ejemplo la polémica entre Miguel de Unamuno y José Millán-Astray en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca

Palabras clave: Unamuno, Millán-Astray, Dalí, Guerra Civil Española

Abstract

It is unanimously admitted that the Spanish Civil War (1936-1939) is the most traumatic episode of the recent history of Spain. It also represented a victory of hatred, intolerance and fratricidal violence over any kind of sense, mercifulness or intelligence. In this text, I illustrate the nature of this conflict taking as an example the controversy between Miguel de Unamuno and José Millán-Astray in the auditorium of the University of Salamanca..

Keywords: Unamuno, Millán-Astray, Dalí, Spanish Civil War

Recibido: 20.09.2017.

Aceptado:29.07.2018.

En los primeros días de enero de 1936, Salvador Dalí daba las últimas pinceladas a su nueva obra, posiblemente una de la más inquietantes de su carrera, en la que llevaba trabajando más de un año. De hecho, los primeros bocetos databan de finales de 1934, de la época en que había huido a París desde su Cataluña natal. No había sido esta una decisión tomada a la ligera. Aunque su relación con André Breton y otros líderes del movimiento surrealista no atravesaba sus mejores momentos -entre otras cosas, por la negativa de Dalí a posicionarse políticamente ante el auge del nazismo en Alemania-, París seguía siendo la capital mundial del surrealismo. Pero la cuestión fundamental no era esa. El seis de octubre de 1934, el presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys, había proclamado el Estado Catalán dentro de la República Federal Española. Bien es cierto que dicho Estado había sido efímero: en menos de diez horas, Companys comunicaba su rendición al general Batet; pero los desórdenes y la represión subsiguiente fueron suficientes para que Dalí decidiera establecerse en un entorno más adecuado para la creación artística.

Dalí echa un último vistazo a su obra, antes de darla por concluida. “En esta pintura -explicará más tarde en su autobiografía- mostré un vasto cuerpo humano descoyuntándose en monstruosas excrecencias de brazos y piernas que se desgarran mutuamente en un delirio de autoestrangulación” (Dalí, 1993/1942, p. 384). La figura principal, en efecto, parece haber surgido de la más espantosa de las pesadillas: los miembros amputados y deformes, la sonrisa siniestra en un rostro que presenta síntomas de podredumbre, la mirada cegada por el Sol. El caos, la autodestrucción y el sinsentido impregnan todo el lienzo. Sólo queda ponerle título. Dalí suspira y finalmente se decide: *Construcción blanda con judías hervidas*. Meses después le añadiría un subtítulo: *Premonición de la Guerra Civil*.

Trasladémonos ahora en el tiempo y en el espacio, y detengámonos en una figura de talante y talentos muy diferentes a los de Dalí: estamos en Salamanca, en el 12 de octubre de 1936. Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, se dirige al acto literario que se celebrará en el Paraninfo de la casa de estudios en conmemoración del *Día de la Raza*. Allí estará la plana mayor del nuevo régimen: Carmen Polo, esposa de Franco, el general Millán-Astray, Enrique Plá y Deniel, obispo de Salamanca, así como otras autoridades civiles y militares. Todos ellos compartirán con él la presidencia del acto, que deberá inaugurar en representación del mismísimo general Franco.

Unamuno avanza por la calle, sombrío y malhumorado. Un amigo le ha hecho prometer que, más allá de las protocolarias palabras de bienvenida, no hablará en dicho acto, pase lo que pase.

No será fácil contenerse. Unamuno, el intelectual reconocido y respetado a nivel tanto nacional como internacional, el autor de obras como “Niebla”, “San Manuel Bueno, Martir” o “La agonía del cristianismo” tiene también una personalidad orgullosa, conflictiva y contradictoria. Lo ha puesto de manifiesto en numerosas ocasiones. Durante la monarquía de Alfonso XIII, aunque había aceptado que el rey le condecorara con la Gran Cruz de Alfonso XII -y por qué no, si verdaderamente la merecía-, no había tenido reparos en criticar abierta y repetidamente las decisiones, tanto del rey, como luego de su dictador, Miguel Primo de Rivera. Eso la había valido la destitución de sus cargos en la Universidad y el destierro en Fuerteventura, pero a pesar de haber recibido la amnistía a los pocos meses, había continuado su exilio voluntariamente en Francia durante los seis años siguientes, orgulloso y obstinado, hasta que se produjo la caída del régimen de Primo de Rivera.

Tampoco se había callado a su vuelta a Salamanca, cuando había sido elegido concejal por la conjunción republicano-socialista, y fue él quien proclamó la República en Salamanca, desde el balcón del Ayuntamiento, tras la abdicación del rey. Su voz había resonado en el Parlamento mientras fue diputado entre 1931 y 1933, y aunque incluso había sido nombrado “ciudadano de honor de la República” en 1935, ello no impidió que manifestara públicamente su creciente desencanto por la deriva que iba tomando esta. Desde luego, no era él alguien que aceptara de buen grado órdenes o sugerencias acerca de lo que podía o no podía hacer: por ello, movido por su interés intelectual, había llegado a asistir a un mitin que José Antonio Primo de Rivera, primogénito del dictador que le había condenado al destierro, había ofrecido en el teatro Bretón de Salamanca en 1935, a pesar de que ello le había estigmatizado en un momento en que su nombre sonaba como firme candidato a recibir el Premio Nobel de Literatura.

No había guardado silencio tampoco al producirse el alzamiento militar, y había sorprendido y escandalizado a todos sus amigos al manifestar su apoyo al bando sublevado. Se lo había dejado bien claro a aquel periodista estadounidense que le había entrevistado en los primeros días de la guerra: Franco representaba la defensa de la civilización occidental y de la tradición cristiana, frente a la anarquía y el desgobierno que padecía España en la primavera del 36. “Esta lucha -había declarado- no es una lucha contra la República Liberal,

es una lucha por la civilización. Lo que representa Madrid no es socialismo, no es democracia, ni siquiera supone comunismo. Es la anarquía, con todos los atributos que esta palabra temible supone [...] Yo no estoy a la derecha ni a la izquierda. Yo no he cambiado. Es el régimen de Madrid el que ha cambiado. Cuando todo pase, estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores”¹.

Sus palabras le habían supuesto una nueva destitución, esta vez por parte del presidente de la República, Manuel Azaña, y aunque poco después había sido repuesto de nuevo en el cargo por el gobierno de Burgos, eso era ahora lo de menos. El problema es otro. Los militares no están limitándose a restablecer el orden, como él esperaba, sino ejerciendo una represión brutal en las zonas que tienen bajo su control. La censura es férrea, pero Salamanca es una ciudad pequeña, y al final todo se sabe. Ni siquiera necesita que se lo cuenten: en los últimos meses se amontonan en su despacho las cartas de mujeres de amigos, conocidos y discípulos que le piden que interceda por sus maridos y familiares encarcelados y torturados. Él mismo, a principios de octubre, había visitado personalmente a Franco en el palacio episcopal, que el obispo de Salamanca había puesto a disposición del Caudillo, para suplicar inútilmente clemencia para sus amigos presos. Se palpa el bolsillo de su chaqueta: ahí sigue la carta de la mujer de Atilano Coco, su amigo, que había sido detenido acusado de “propalador de noticias falsas”. Bien sabe Dios, piensa Unamuno, que sus únicos crímenes son el hecho de ser pastor protestante, maestro, republicano y masón.

Quizá aún pueda enderezarse el curso de los acontecimientos. No ha perdido (y ya nunca perderá) su ingenua confianza en la integridad del general Franco, a quien todavía en diciembre calificará como “personalmente un buen hombre, víctima y juguete de la jauría de hienas”². Él no es, no puede ser, como los demás. Aparte de su indiscutible prestigio en el Ejército, tiene fama de hombre piadoso. Y ahora que todo depende de él, quizá puedan cambiar las cosas. Hacía poco que había regresado a Salamanca, triunfante, después de que el 28 de septiembre consiguiera “liberar” el Alcázar de Toledo, sitiado desde el comienzo del conflicto. Y un día más tarde, el 29 de septiembre, la Junta de Defensa Nacional, presidida hasta entonces por el general Cabanellas, había firmado el decreto en que se nombraba a Franco “Jefe del Gobierno

¹Entrevista de Unamuno a H.R. Knickerbocker, corresponsal de la agencia International News. Citado en Cano, 1992, p.105.

²Carta de Unamuno al director del diario ABC de Sevilla, 11 de diciembre de 1936 (citada en Redondo, 1993, p. 155).

del Estado español” y “Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire”. De ello se había hecho eco toda la prensa de la zona sublevada que, al día siguiente, el 30 de septiembre, había publicado el nombramiento, aunque con una pequeña inexactitud: en ella, Franco era proclamado “Jefe del Estado”, en vez de “Jefe del Gobierno del Estado”, como aparecía en el documento original.

Sí -piensa Unamuno-, quizá aún se pueda confiar en Franco. ¡Pero, y el resto! Ya han llegado a Salamanca rumores acerca de las atrocidades perpetradas por los generales Yagüe y Queipo de Llano en Andalucía y Extremadura. Por no hablar de la política de terror que el general Mola –“esa mala bestia ponzoñosa y rencorosa”³- ha impuesto en el Frente del Norte. Unamuno no ignora que desde el 25 de septiembre se han iniciado los bombardeos sobre Bilbao, y que los *Junkers* que meses después arrasarían Guernika lanzan bombas incendiarias sobre su ciudad natal. Refiriéndose a estos bombardeos, Unamuno escribirá semanas después al escultor y paisano suyo, Quintín de Torre: “¡Nuestro Bilbao!, ¡nuestro pobre Bilbao! ¿Ha visto usted cosa más estúpida, más incivil, más africana, que aquel bombardeo cuando ni estaba preparada su toma? Una salvajada, un método de intimidación, de aterrorización, incivil, africano, anticristiano y... estúpido. Y por este camino no habrá paz, verdadera paz. *Paz en la guerra* titulé a aquel mi libro poemático. Pero esta guerra no acabará en paz. Entre marxistas y fascistas, entre los *hunos* y los *hotros*, van a dejar a España inválida de espíritu... Cuando nos metimos unos cuantos, yo el primero, a combatir la dictadura primo-riverana y la monarquía, lo que trajo la república, no era lo que fue después la que soñábamos; no era la del desdichado frente popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más necio pseudo-laicismo -¡aquellos imbéciles de radicales socialistas!-, pero la reacción que se prepara, la dictadura que se avecina, presiento que pese a las buenas intenciones de algunos caudillos, va a ser algo tan malo, acaso peor. Desde luego, como en Italia, la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre. Hay que leer las sandeces de los que descuentan el triunfo”⁴.

Ejemplo paradigmático de esa brutalidad, ignorancia y fanatismo le parece el general Millán-Astray, con quien tendrá que compartir presidencia en el

³Unamuno se refiere a Mola en estos términos en varias ocasiones; tanto en su correspondencia con Quintín de la Torre, como en su carta al director del diario ABC de Sevilla, 11 de diciembre de 1936 (citada en Redondo, 1993, p. 155).

⁴Carta de Unamuno a Quintín de la Torre, 1 de diciembre de 1936 (citada en Cano, 1992, p. 113).

acto universitario. Le conoce bien, de los días en que ambos frecuentaban el Ateneo de Madrid, y ya entonces le resultaban insoportables su temperamento exaltado y sus pretensiones intelectuales. No se puede poner en duda, bien es cierto, su valentía: veterano en las guerras de Filipinas y Marruecos, condecorado en múltiples ocasiones, fundador de la Legión, y mutilado de guerra (había perdido un brazo y un ojo, y recibido otras múltiples heridas en sucesivos actos de servicio), había alcanzado notoriedad por divulgar el código samurai (el Bushido) y por popularizar el lema “¡Viva la muerte!” como uno de los distintivos de la Legión.

También tendrá que encontrarse allí con el obispo y anfitrión de Franco en Salamanca, Enrique Plá y Deniel. El mismo que había publicado el 30 de septiembre (es decir, el día en que se había hecho público el nombramiento de Franco como Generalísimo) una carta pastoral donde no sólo se justificaba la sublevación, sino que se fundamentaba teológicamente la misma. La había leído detenidamente, y aún no podía creerse la desfachatez con la que el señor obispo utilizaba a autores como San Agustín y Santo Tomás para ofrecer una interpretación absolutamente maniquea de un conflicto que, en palabras de Plá y Deniel, más que una guerra civil, debía considerarse una auténtica Cruzada.

Sumido en estos pensamientos, tenso y sombrío, llega Unamuno a la Universidad a presidir el supuesto acto literario. Al principio todo marcha según lo previsto, hasta que, después de unos primeros discursos convencionales y eruditos, toma la palabra Francisco Maldonado de Guevara, catedrático de Literatura. Y Maldonado convierte su intervención en un mitin en el que ataca violentamente a Cataluña y al País Vasco, calificando a estas regiones como la anti-España, reducto de primitivismo y barbarie, “cánceres en el cuerpo de la nación”, para concluir afirmando que “el fascismo, que es el sanador de España, sabrá cómo exterminarlas, cortando en la carne viva, como un decidido cirujano libre de falsos sentimentalismos”⁵.

Unamuno apenas puede contener su indignación. Saca de su bolsillo la carta de la mujer de Atilano Coco y toma notas en el sobre. Sabe que no debería hablar, que se ha prometido a sí mismo que no iba a hablar. Pero esto es demasiado. A punto de finalizar el acto, se yergue, pálido y quijotesco. Pasea su mirada por el auditorio, que guarda un expectante silencio:

⁵A lo largo del texto, transcribo la versión más ampliamente aceptada de los discursos pronunciados por Unamuno y el resto de participantes en el acto del Paraninfo de la Universidad de Salamanca. Véase, por ejemplo el estudio clásico de Thomas, 1961/1995.

Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien, y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo hice otras veces. Pero, la nuestra es sólo una guerra incivil [...] Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, más no de inquisición.

Se ha hablado también de catalanes y vascos llamándolos la anti-España; pues bien, por la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo, catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda la vida enseñándoos la lengua española que no sabéis. Ese sí es un Imperio, el de la lengua española, y no...

En este punto, el general Millán Astray suelta un bufido, golpea con su puño el tablero de la mesa y se levanta vociferando. En una furibunda soflama, insiste en sus insultos a Cataluña y al País Vasco, y elogia a los valientes moros que lo mutilaron, pero que hoy merecen su gratitud porque combaten contra los malos españoles. La arenga concluye con estruendosos vivas a España, a Franco y al Ejército. Alguien, desde el público, grita “¡Viva la Muerte!”, divisa de la Legión.

Unamuno levanta la mano en solicitud de palabra. Se hace de nuevo el silencio:

A veces, quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso -por llamarlo de algún modo- de Millán-Astray. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes [...] Pero ahora acabo de oír el necrófilo e insensato grito “¡Viva la muerte!” y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador entiendo que fue dirigida a él, si bien de una forma excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte. ¡Y

no otra cosa! El general Millán-Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero los extremos no sirven como norma. [...] Un inválido que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, que era un hombre, no un superhombre, viril y completo a pesar de sus mutilaciones, un inválido como dije, que carezca de esa superioridad de espíritu, suele sentirse aliviado viendo cómo aumenta el número de mutilados alrededor de él.

El general Millán-Astray no es uno de los espíritus selectos [...] el general Millán-Astray quisiera crear una España nueva, creación negativa, sin duda, según su propia imagen. Y por ello desearía ver a España mutilada, como inconscientemente lo dio a entender...

Millán-Astray, que se ha mantenido erguido, en posición de firmes, fulmina con su único ojo a Unamuno, y sin poder contenerse más, grita: “¡Muera la inteligencia!”. José María Pemán, a su lado, se atreve a matizar: “¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!”.

Miguel de Unamuno, sin amedrentarse, les devuelve la mirada. Su voz resuena, una vez más, apocalíptica y terrible: “Éste es el templo de la Inteligencia, y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir, y para persuadir necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir os que penséis en España. He dicho”.

El acto concluye de forma tumultuosa, entre gritos, abucheos y amenazas. Unamuno consigue salir del recinto universitario gracias a la intervención de Carmen Polo, quien le acompaña cogida del brazo, mientras unos soldados contienen a culatazos a los más exaltados. Desde ese mismo día, un policía seguirá sus pasos en sus raras salidas, más para vigilarle que para protegerle.

Destituido de nuevo de su cargo de Rector, esta vez por Franco, apenas sale de casa, solo, amargado y desesperanzado. En una de sus últimas cartas escribe: “La barbarie es unánime. Es el régimen de terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horrorizada. Ha brotado la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre los *hunos* y los *hotros*. Y aquí está mi pobre España, se está desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo...”⁶.

⁶Carta de Unamuno a Lorenzo Giusso, 21 de noviembre de 1936 (citada en Sandoval, 2009,

La guerra continuó dos años y medio más, y tras la misma, como había profetizado Unamuno, no llegó la paz, sino la exaltación de la victoria y la represión más cruel. Unamuno no vio, no pudo ver, cómo Franco entraba en Madrid durante el Desfile de la Victoria con una puesta en escena inspirada directamente en los rituales medievales, ni cómo se mantenía en el poder hasta su muerte, casi cuarenta años después. Tampoco pudo ver cómo la jerarquía de la Iglesia Católica en España forjaba una sólida alianza con el dictador. Siguiendo el ejemplo de Plá y Deniel, la Conferencia Episcopal publicaría el 1 de julio de 1937 una “Carta Colectiva del Episcopado español a los obispos del mundo entero”, firmada por la práctica totalidad de los obispos españoles, en la que se apoyaba abiertamente a Franco y se demonizaba el gobierno legítimo de la República. Unamuno no pudo ser testigo del imparable ascenso de Plá y Deniel, de su promoción a los pocos años al arzobispado de Toledo, ostentando el primado de la Iglesia española, ni de su posterior recepción del capelo cardenalicio, mientras que uno de los pocos que se negaron a firmar la carta, el arzobispo de Tarragona, Francesc Vidal i Barraquer, pagaría su negativa con la muerte en el exilio.

No podemos saber si Unamuno se habría sorprendido si hubiera llegado a saber que el general Millán-Astray sería nombrado Jefe de Prensa y Propaganda tras la guerra, ni lo que hubiera dicho si se hubiera enterado de que el homólogo español de Goebbels dirigiría la oficina de prensa como un cuartel militar, obligando a los periodistas a cuadrarse y alinearse al tocar el silbato. Podemos imaginar su indignación si hubiera sabido que Francisco Maldonado sería premiado con una cátedra en la Universidad Complutense de Madrid, y su dolor y su rabia al enterarse de que su amigo Atilano Coco, puesto oficialmente en libertad por orden del gobernador militar, fue en realidad conducido a un monte a las afueras de Salamanca, donde fue fusilado sin formación de causa, y sin que nunca llegara a conocerse la localización exacta de su enterramiento.

Unamuno no pudo enterarse de nada de eso, porque falleció súbitamente el 31 de diciembre de 1936, amargado ante la visión de la tragedia que estaba viviendo España. Conflictivo y contradictorio, apasionado y a menudo ingenuo, pero íntegro e incansable defensor de lo que consideraba la verdad y la libertad, sufrió un último ultraje en su propio funeral, al ser utilizada su muerte como acto de exaltación fascista⁷. Ni su propia memoria quedó libre de la voracidad antropófaga de los vencedores.

p. 321).

⁷Véase Blanco Prieto, 2009, p. 20.

Dalí, en su autobiografía, definió la Guerra Civil como “el gran canibalismo armado de nuestra historia” (Dalí, 1993/1942, p. 384). El monstruo que entreviera Dalí en sus pesadillas y que torturó a Unamuno en sus últimos días consumaría, finalmente, su tormento.



Bibliografía

- BLANCO, F. (2009). "Unamuno y la guerra civil". En *Revue d'histoire littéraire de la France*, 2-3, 516-536.
- CANO, J. (1992). *Historia y poesía*. Barcelona: Anthropos.
- DALÍ, S. (1993). *The Secret Life of Salvador Dalí*. New York: Dover Publications.
- REDONDO, G. (1993). *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939: La Guerra Civil, 1936-1939*. Madrid: Rialp.
- SANDOVAL, A. (2009). "Hermenéutica del último Unamuno. Epistolario de guerra". En Chagaceda, A. (ed.). (2009). *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra. IV. Actas de las VII Jornadas Unamunianas*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- THOMAS, H. (1995). *La guerra civil española*. Barcelona: Editorial Grijalbo.